

AÑO XIII, SERIE II

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pintos

Raúl Prebisch

Por la Facultad

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo

Emilio Calvo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Hispanoamérica

LA ESPAÑA DE HOY. Y LA AMÉRICA DE AYER

El día inicial de la Revolución de Independencia Argentina, lo ha celebrado Madrid generosa, magníficamente, rindiendo un homenaje de despedida al profesor D. Mario Sáenz.

Esta demostración de estudiantes, ateneístas, profesores universitarios, literatos, periodistas, etc., al catedrático platense, y la fecha en que se celebra, son de una gran enseñanza. También lo son otros actos. La adhesión de la España oficial y particular a las fiestas de Ayacucho, y, sobre todo, el proyecto, aceptado por el Gobierno de España y el Ayuntamiento matritense, de erigir un monumento en Madrid a Simón Bolívar, son grandes actos sin garrulería. ¡Inequívoca elocuencia muda de ideas que se expresan en hechos, no en frases!

Todo ello nos demuestra con claridad meridiana que en el alma española, con respecto a América, se ha producido una revolución. En esa revolución han sido factores el tiempo, los intereses ya legítimos, ya turbios, idealismos generosos, la prédica de unos cuantos hombres de buena voluntad, y principalmente un vago, sordo y certero instinto que tiende a acercar unos a otros los pueblos afines.

Hasta hace poco se podía tratar en la Prensa diaria española de la etnología balcánica, de la historia rusa, de la filosofía persa, de cualquier cosa menos de América. Como no fuera para las anécdotas pintorescas y a menudo vejatorias, calumniosas o simplemente estultas, no existía interés alguno.

Hoy, no. Una atención vigilante se adivina en los mejores segmentos de la opinión española hacia las cosas americanas que, en cierto modo, son cosas españolas, aunque de otras Españas.

Mi teoría la predico con la acción en la Península, hasta la saciedad, de asuntos de América, como debemos hablar en América, hasta la saciedad, de asuntos de España.

La República Argentina, como las demás Repúblicas de nuestra

familia de pueblos, inició su revolución, el año de 1810, con un movimiento municipal e incruento. Buenos Aires lo hizo el 25 de mayo. Antes lo había hecho Caracas, el 19 de abril. Sucesivamente lo fueron realizando otras urbes, actuales capitales de las actuales Repúblicas : Bogotá, el 20 de julio; Quito, el 2 de agosto; Méjico, el 16 de septiembre; Santiago de Chile, el 18 del propio mes.

Esos pueblos, muy distantes unos de otros, y con los escasos medios de comunicación de la época, no se pusieron de acuerdo para obrar. Pueblos hermanos por el origen y por el espíritu las mismas circunstancias de política exterior y los mismos factores internos los hicieron actuar, en un momento dado, simultáneamente.

Pero iniciar un movimiento revolucionario es una cosa y realizarlo es otra. La guerra de separación fué larga y sangrienta, máxime en los países nórdicos de la América del Sur. Pero ninguno de los pueblos americanos quedó definitivamente independizado hasta 1824, después de las batallas de Junín (6 de agosto) y Ayacucho (9 de diciembre).

En 1825, el Uruguay, entonces considerado como parte del territorio argentino, yacía en las garras del Emperador del Brasil. Argentina no se creyó del todo independiente con el Brasil dentro de casa; y casi toda la América consideraba como insulto al espíritu de nuestra revolución aquella arbitrariedad.

Uruguay suspiraba por su independencia, no sólo de España, sino también del Brasil; y no sólo del Brasil, sino también de la Argentina.

La República Argentina se resolvió a la guerra contra el Imperio vecino. La victoria era el único medio de separarlo de las orillas del Plata.

Entonces solicitó los auxilios de dos pueblos hermanos : Gran Colombia y Perú, regidos ambos por Bolívar, y ofreció la dirección de la guerra al todopoderoso Libertador.

El Gobierno Bonaerense envió a Bolívar, a la sazón cerca de las fronteras argentinas, una Misión especial, compuesta del general Alvear, ascendiente directo del actual Presidente; del diputado doctor Díaz Vélez y del presbítero Oro.

Esta Misión de hombres ilustres no sólo pedía a Bolívar el apoyo militar de Gran Colombia y Perú, sino que le ofrecía la dirección de la guerra y lo lisonjeaba proponiéndolo para protector de la América. Este título cromweliano tenía mucho predicamiento a la sazón en ciertos elementos del Sur. Lo había asumido el ilustre San Martín en Lima.

El Libertador escribe al general Santander, vicepresidente de Colombia, el 11 de octubre de 1825, desde Potosí, dándole cuenta de sus entrevistas con la Misión argentina.

« Acabo de tener una larga conferencia con los Sres. Alvear y Díaz Vélez... Me han pedido los auxilios de Colombia y del Perú... Me han dicho terminantemente que yo debo ejercer el protectorado de la América, como único medio de salvarla de los males que la amenazan...

Los Sres. Alvear y Díaz Vélez se han avanzado a proponerme, como uno de los principales objetos de su misión, que destine una expedición a libertar el Paraguay, oprimido por Francia...

Yo les he dicho francamente que haré por el Río de la Plata cuanto me es permitido en mi actual posición, y que tomaré el mayor empeño en recomendar con todo mi influjo y con toda mi alma los auxilios y aun sacrificios que ellos crean necesarios pedir a Colombia y al Perú para asegurar la libertad de la patria. »

En esa misma carta Bolívar prevé las complicaciones internacionales que puede tener la empresa de llevar la guerra al Brasil, cuya forma imperial de gobierno era más propicia a Europa que el sistema republicano de las naciones recién emancipadas de España.

La Santa Alianza estaba abiertamente contra las antiguas colonias erigidas en Repúblicas. Se pensaba, por lo menos en la Francia legitimista, hasta en ayudar a España a recuperar sus antiguas posesiones. Bolívar temía que la misma Inglaterra, partidaria de la emancipación nuestra, pudiera ver con malos ojos que las Repúblicas atacasen el imperio brasílico. Temía el libertador que una guerra de principios constitucionales le pareciese a la monárquica y comerciante Inglaterra ocasionada a complicaciones de todo orden. ¿Cuáles eran los recelos ingleses? No los conocemos. Tal vez que se mezclase la Santa Alianza, en la guerra a favor del Brasil, para favorecer a España o en provecho de Francia; que alguna o algunas de las Repúblicas pudiesen perder su independencia, y que los mercados de América se cerrasen u obstruyesen para el comercio británico.

El genio de Bolívar adivinó lo que podían pensar en lo más secreto de su diplomacia la cancillería de Londres, por una parte, y las de la Santa Alianza por la otra.

En la misma carta de 11 de octubre de 1825 al vicepresidente de Colombia dice :

« Sé que, el emperador del Brasil está muy orgulloso con la pro-

tección que le dispensa Inglaterra, y si usted ha visto las relaciones que ha entablado sir Charles Stwar en Lisboa, conocerá que el Emperador tiene razón, no solamente para estar orgulloso, sino para esperar mucho de Inglaterra.

Además, no sería extraño que el Emperador del Brasil esté destinado a ser el instrumento de que se valga la Santa Alianza para destruir nuestras instituciones liberales, comenzando por Buenos Aires, que es la parte más débil. »

A pesar de todo, Bolívar reclama del vicepresidente, en esa misma carta, la escuadra de Colombia para auxiliar a Buenos Aires.

Bolívar no pudo dirigir la guerra contra el Brasil, aunque le sobrasen ganas. Por una parte, se opuso el vicepresidente Santander, que ya había comenzado a traicionarlo; por otra, el estado de la política europea, según las previsiones del mismo libertador.

El vicepresidente Santander oponía a la repetida petición de auxilios de Bolívar una serie de negativas. Basábase en que el norte de Colombia vivía en zozobra. En efecto, un ejército español y una escuadra, en actitud amenazante y en espera de ocasión, permanecían en Cuba y Puerto Rico, a pocas horas de nuestras costas. Aducía también el vicepresidente que no existía Tratado alguno con Buenos Aires que obligase a ayudarlos, aunque Bolívar propuso ese Tratado desde 1822. « El Sr. Rivadavia (escribe Santander al libertador el 6 de noviembre) creyó que era indecoroso a Buenos Aires ligarse con Colombia, y sólo hizo una miserable convención que nada significa. Ahora les estará pesando el haber sido tan orgullosos y tan imprevisores. »

El otro obstáculo que encontró Bolívar fué, como se ha dicho, Europa. Y lo previó antes de conocerlo. El anhelo personal de gloria lo impulsaba a la acción; pero el amor de América y el creer que podía perjudicarla lo detuvieron.

Aunque constreñido, en mucha parte, por circunstancias varias, sacrificó un gran laurel, con pleno conocimiento de causa, en obsequio de la América del Sur.

R. BLANCO-FOMBONA.

(*El Sol*, Madrid, junio 2 de 1925.)